2608

JULIO DANTAS

LA CORTINA VERDE

Drama en cuatro actos

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
1915

7

LA CORTINA VERDE

Esta traducción es propiedad, y nadie podrá, sin permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se hayan celebrado o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados y representantes de la «Sociedad de Autores Españoles» son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Edición autorizada para «Teatro Mundial».

FÉLIX COSTA, IMPRESOR; ASALTO, 45. — BARCELONA

LA CORTINA VERDE

DRAMA EN CUATRO ACTOS

DE

JULIO DANTAS

TRADUCCION CASTELLANA DE

I. RIBERA ROVIRA

Estrenado por la compañía cómico-dramática de Doña Margarita Xirgu en el teatro de la Princesa, de Madrid, la noche del 14 de Mayo, y en el teatro de Novedades, de Barcelona, la noche del 15 de Junio de 1915

BARCELONA
BIBLIOTECA «TEATRO MUNDIAL»
15, Barbará, 15
1915

PERSONAJES

ALEJANDRO BOTELLO.
DON MIGUEL DE NOROÑA.
PACO MONFALIN.
ANTONIO BARRADAS.
JUAN RENDUFE.
SIR JOHN BARROW.
EL CHASSEUR.
UN CRIADO.
OTRO CRIADO.
MARTA.
LOLOTTE.
LA VIZCONDESA.
MIMÍ.
CRIADA 1.ª
CRIADA 2.ª
OTRA CRIADA.

Los tres primeros actos pasan en Madrid. El cuarto en Niza. — Epoca actual.

ACTO PRIMERO

Sala de fumar. Maple, elegancia. Lacas blancas. Luces. Al fondo izquierda, en un ángulo, arco que limita el comedor iluminado; vajilla, cristalería. Aubussons. Al fondo derecha, puerta de entrada; corredor. A la izquierda baja, puerta de acceso a los aposentos interiores; espeso portier verde, de terciopelo. A la derecha alta y baja, balcones accesibles. Al fondo derecha, "couch-corner"; libros; almohadones. A la derecha un Pechstein. A la izquierda, un tremó estilo Luis XVI, blanco y oro; cofrecillo de plata; reloj de bronce dorado. Sofá maple, de terciopelo; porcelanas; una gouache de Boucher; faïences Wegwood, Delft, Japón. Luz eléctrica: araña de cristal, lámparas encarnadas a ambos lados del tremó; interruptores de porcelana en las puertas del fondo derecha e izquierda baja. A los postres, ruido de vajilla y cristalería. Mujeres escotadas. Caballeros de frac. Risas; pasan criados. MONFALIN, atravesando la escena, echándose en un sofá riendo a carcajadas, lleva la servilleta cogida al cuello. MIMÍ persiguiendo a BARRADAS.

MONFALIN ¡Ja, ja, ja!

ALEJAN. (Desde el comedor, entre risas.) Paco, ¿de qué te ríes? Has de decirme de qué te ríes.

MONFALIN Yo... (Muerto de risa, señalando a Alejandro que se acerca con Lolotte.) Alejandro lo sabe.

LOLOTTE ¿Pero qué ha sido eso? ¿De qué se ríen ustedes? (A un criado.) Sirva el café. (Entran Barradas y Rendufe.)

ALEJAN. Qué sé yo. Yo no sé nada. Quién lo sabe es Barradas.

674459

LOLOTTE (A Barradas.) ¿Lo sabe usted? Pues diga, hombre, diga.

BARRADAS (Riéndose.) Pero, señora... (A Rendufe, que se sienta en el "couch-corner", hojeando revistas.) Tú, Rendufe: dile porque se ríe Pacò.

RENDUFE (Aburrido.) Se ríe porque tiene ganas.

MIMÍ (A Monfalin.) Me lo dirás. Es cosa de mujeres. No quiero que te rías por cosas de mujeres.

ALEJAN. ¿Pues de qué se reirán los hombres, señora?

MONFALIN Vamos: ¿quieren saber de qué me río? (Riendo nerviosamente.) ¡Puff!...

LOLOTTE (Sirviendo café.) Es el champagne, déjalos.

MIMÍ Ya me lo dirás luego. (A Lolotte.) Este me dice luego todo lo que yo quiero.

ALEJAN. (Dando una taza a Mimí.) Bueno. Se lo voy a decir yo. (Sirviéndola.) ¿Más azúcar? Pues se trata de una aventura de Barradas con una inglesa, en Londres. Barradas, en Inglaterra, c'est un monsieur qui travaille les femmes du monde. Es el terror del Hyde-Park. Un Tenorio.

BARRADAS (Mirando intencionadamente a Lolotte.) Te equivocas, querido. Son las españolas las que me hacen salir canas.

LOLOTTE (Señalándole la calva.) ¡Qué calumnia! ¿Canas usted? ¡No sea exagerado, hombre!

MIMÍ Pero ¿qué le hizo Barradas a la inglesa?

ALEJAN. O qué le hizo la inglesa a Barradas... Eso no lo puedo decir. Son cosas que una señora debe oir a obscuras. (Al criado que sirve los licores.) Coñac.

MONFALIN Yo prefiero decírselas con la luz encendida.

MIMÍ ¡Tonto!

LOLOTTE (Sirviendo café a Rendufe que le sigue los movimientos y finge leer hundido ahora en una silla Maple.) Está usted muy callado, Rendufe.

RENDUFE Estoy pensando en usted.

LOLOTTE Pierde el tiempo. (Sirviéndole azúcar.) ¿Sabe usted qué le aconsejo?

RENDUFE ¿Que me suicide?

LOLOTTE (Marchándose.) Que se case.

RENDUFE Es peor.

ALEJAN. (Sirviendo coñac a Barradas.) Es un coñac riquísimo. Decididamente, Barradas, convenga usted que se come mejor en casa de mi amante que en casa de mi mujer.

BARRADAS Un demi-monde agradable. (Encendiendo un puro.) Pues yo prefiero comer en casa de su mujer.

ALEJAN. ¿Por qué?

BARRADAS Por la institutriz alemana.

ALEJAN. (Sonriendo.) ¿Fraülein?

BARRADAS ¡Qué diez y ocho años!... ¡Qué cabello!... ¡Qué manos!... ¡Qué juventud!...

ALEJAN. (Frotándose las manos temblorosas.) «Made in germany.» ¿Sabe usted? También a mí me van gustando las tobilleras. Envejecemos, Barradas, envejecemos.

LOLOTTE (Pasando junto a Alejandro.) No bebas más coñac.

ALEJAN. Tienes unos hombros encantadores... (Besándoselos.) Yo no hago cumplidos delante de los amigos.

LOLOTTE El coñac te hace daño... Como te tiemblan las manos...

MIMÍ (A Monfalin.) Has de regalarme un collar de perlas como el de Lolotte. Tú, Lolotte: Paco dice que me regalará un collar de perlas como el tuyo.

MONFALIN (Inmediatamente.) ¡No he dicho tal cosa! ¿Yo he dicho eso?

LOLOTTE ¿Y qué? No es caro. Este lo compré en París en el Juclier. (A Alejandro.) Seis mil francos ¿verdad?

ALEJAN. Seis mil francos.

MIMÍ Ya ves tú: no es nada. Seis mil francos.

MONFALIN No, seis mil francos no es nada... ¿Crees tú que yo soy Alejandro?

LOLOTTE Llevas un vestido muy mono.

MIMÍ Es del año pasado. Desde que estoy con Paco, todo es del año pasado.

MONFALIN No se extrañen ustedes. Yo también soy del año pasado.

MIMÍ Mis vestidos han ido tantas veces a la Opera, que serían capaces de ir por sí solos. Se saben a Wagner de memoria.

LOLOTTE (Abriendo la arquilla de plata que está sobre el tremó Luis XVI y mostrando otro collar a Mimí.) Estas perlas sí que son buenas. Me las compró Alejandro en Londres, en el Mappin. Oxford Street.

BARRADAS (Haciéndose el entendido.) ¡Oh! ¡Mappin!

MIMÍ (Encantada.) ¡Qué bonito!

RENDUFE (Leyendo en una revista.) «Después de tres días, un muerto, la lluvia y una mujer, son las tres cosas más desagradables del mundo.»

MIMÍ ¡Oh!

LOLOTTE ¿Y para leernos ese disparate ha estado usted tanto tiempo sin chistar?

RENDUFE Está escrito aquí, Lolotte. Es un proverbio chino.

BARRADAS Eso será verdad en la China.

ALEJAN. Después de tres días, lo desagradable no es una mujer, es la falta de una mujer.

MONFALIN O la falta de dos mujeres.

RENDUFE ¿Pero ustedes están convencidos de que una mujer hace falta?

LOLOTTE (A Rendufe.) Usted está peor de su neurastenia... ¿Sabe qué le digo?

RENDUFE Ya lo sé. Que me case.

LOLOTTE No. Que se suicide.

RENDUFE (Sombrío.) Tal vez siga su consejo.

BARRADAS Usted anda siniestro, hombre. Eso es del estómago. El pesimismo es una manifestación de las enfermedades del estómago.

ALEJAN. Intestinos. Usted es un intoxicado. Necesita salir de aquí. Venga usted a Suiza con nosotros, el mes que viene.

RENDUFE Prefiero aislarme. En fin: tal vez les acompañe.

BARRADAS ¿Van ustedes a Suiza?

ALEJAN. A Laussanne. A consultar al doctor Combe.

MONFALIN No se deje engañar. Combe es una «blague».

BARRADAS No tanto...

MONFALIN Es una «blague». Un charlatán. Palabra de honor. Yo he estado allí.

BARRADAS ¿En Richemont?

MONFALIN No. En el Beau-Rivage, hace tres años. Me tuvo quince días viendo si yo dijería jalea de mirtos y a enseñarme mi flora intestinal dibujada a lápiz de colores. Me moría de hambre. Luego me mandaron al monte, a tomar baños de sol. ¿Saben ustedes? Yo soy un friolero. Ando siempre en Madrid con pellizas, *cache-col*, franelas, *chauffrettes*... Pues tuve que ponerme en pelo. Perdone usted, Lolotte... Tuve que exponerme desnudo al sól frío de Chésiéres, a mil quinientos metros de altura, un cuarto de hora del lado derecho, un cuarto de hora del izquierdo, un cuarto de hora de frente, un cuarto de hora de espaldas... Es claro: me constipé de todos lados, y después del segundo baño estornudé tanto, que de allí fuí a parar a la cama, y se me iba llevando el demonio con reumatismo.

ALEJAN. El reuma también se coge aquí.

MONFALIN También se coge aquí, pero mucho más barato. Yo he gastado una fortuna y aun me resiento de esta pierna... (Viendo a Mimí reirse.) ¿De qué te ríes? (A Alejandro y a Barradas.) Ahora pregunto yo: ¿de qué se ríen ustedes?

MIMÍ ¿Qué te ponías cuando tomabas los baños de sol?

MONFALIN ¿Qué me ponía?... Un sombrero de paja.

BARRADAS (Riéndose.) ¿En dónde?

MONFALIN En la cabeza. ¡Vaya una pregunta!

(Sentándose en el banquillo del piano.) Te digo que es una «blague». Combe es una «blague».

ALEJAN. Pues yo me voy a consultar a la «blague». (La mano le tiembla al coger la copita.) Estoy aprensivo con este temblor de manos. Y tengo siempre las piernas dormidas.

BARRADAS Debe ser el alcohol.

ALEJAN. ¡Qué alcohol! Ustedes tienen la manía del alcohol. El alcohol nunca ha hecho daño a nadie. Es artritismo. Son los nervios. (Bebiendo.) Luego iré al doctor Videmer. ¿Saben ustedes como el doctor Videmer cura a los neurasténicos? A fuerza de lecturas sobre San Francisco de Asís. Es lo que usted necesita, Rendufe. Mucho San Francisco de Asís. Descomplicar la vida.

RENDUFE (A Alejandro.) Cada vez la complico más. Deme un cigarro.

ALEJAN. (A Rendufe.) ¿Sabe usted? He comprado hoy un riquísimo Delft.

MONFALIN. (Viendo la música que está sobre el Bechstein.) El «Valse Dorée.» Esto hacía furor en París hace dos años.

LOLOTTE (Haciendo señas a una criada que pasa.) Debe estar vieja la Paulette Darty.

MONFALIN (Cantando al piano.)

«Un jour, dans la chambre rose,
Tes lèvres ont affleuré ma main;
Tu sais que cette simple chose
Ne fut pas sans lendemain...»

MIMÍ (A Monfalin.) ¿Cuándo me vas a llevar a París?

BARRADAS A mi vuelta, el último éxito de Mayol era «La dernière Chanson». ¿Conoce usted la «Dernière Chanson», Lolotte?

LOLOTTE No. (Bajito a la criada.) Quite usted aquella botella de coñac que está cerca del señorito.

MIMÍ (Tirando del frac a Monfalin, que continúa cantando

el "Valse Dorée". Dime, corre: ¿por qué no me llevas a París?

BARRADAS (Bajito a Lolotte.) ¿Sabe usted, Lolotte, que está usted más interesante ahora que en mis buenos tiempos?

LOLOTTE Con usted ocurre todo lo contrario. Está más ridículo ahora que hace diez años.

BARRADAS ¿No le ha quedado al menos un buen recuerdo del pasado?

LOLOTTE (Alejándose.) Yo no tengo pasado, amigo mío.

MIMÍ (A Monfalin.) Pero dime, hombre: ¿por qué no me llevas a París?

ALEJAN. (A Monfalin, que no deja de cantar.) ¡Que demonio! ¿Por qué no se lleva usted a Mimí a París?

LOLOTTE Es verdad: ¿Por qué no se lleva usted a Mimí a París?

BARRADAS (En un gran gesto.) Realmente es una gran idea. ¿Por qué no se lleva usted a Mimí a París?

MONFALIN (Suspendiendo el vals, y volviéndose rápidamente en el banquillo del piano.) Pues yo no me llevo a Mimí a París... porque no tengo dinero. (Continúa cantando.)

...«Ce fut du plus charmant poème
La prémière page dorée...»

CRIADO (Entrando por el fondo y anunciando.) El señor don Miguel de Noroña.

LOLOTTE ¿Quién?

CRIADO El señor don Miguel de Noroña.

BARRADAS ¡Vaya un pillo!

ALEJAN. (Al criado.) ¿Le ha hecho entrar?

CRIADO Está en la sala.

ALEJAN. Que pase aquí.

BARRADAS ¿Pero usted recibe... «eso»?

ALEJAN. Le había dicho vagamente, de cumplido, que viniera a comer con nosotros.

BARRADAS ¿Pero usted no sabe quién es ese tipo?

ALEJAN. Ustedes eran amigos...

BARRADAS Es un «scroc», es un «cambrioleur». Es

un punto a quien no hay derecho a alargarle la mano.

RENDUFE No sabía que estuviese aquí. Lo creía en París.

(DON MIGUEL, entrando por el fondo derecha. De frac. tipo fin de raza, recordando la cabeza de lord Wharton, de Van Dyck, rubio, distinguido, sobrio, una cicatriz en la cara.)

MIGUEL Mi querido Alejandro Botello. Perdone si he llegado tarde.

ALEJAN. Usted siempre llega a tiempo.

MIGUEL El secretario de los Estados Unidos ha sido trasladado a Pekin. ¿Sabe usted? Mañana parte. Me convidó a comer. No pude excusarme.

ALEJAN. (Presentando.) Miguel de Noroña. Lolotte.

MIGUEL (Besándole la mano.) Señora... Me parece que ya nos hemos encontrado alguna vez en un mismo hotel.

LOLOTTE En Monte-Carlo.

MIGUEL Precisamente.

ALEJAN. (Presentando.) Ya se conocen. Paco Monfalin.

RENDUFE (Estrechándole la mano familiarmente.) Miguel...

MIGUEL (Viendo a Barradas y dirigiéndose a él.) ¡Hola! ¿Cómo estás? ¿Cuándo has llegado?

BARRADAS (Se mete las manos en los bolsillos y le vuelve la espalda.)

MIGUEL (Hace un gesto imperceptible, sonríe y se encoge de hombros.) Está bien.

ALEJAN. (Después de un silencio embarazoso.) Vaya, vaya... No sabía que el secretario de los Estados Unidos había sido trasladado a Pekin... (Sin saber qué decir.) Es curioso, realmente...

MONFALIN (Secándose el sudor.) Es curioso...

RENDUFE (Porque sí.) Es un chico muy simpático el secretario de los Estados Unidos...

MIGUEL (Sentándose y readquiriendo todo el aplomo.) Y tiene una mujer encantadora... ¿Usted la conoce?... Una austríaca con quien casó cuando estuvo de segundo secretario en

Viena. Hemos pasado una noche agradable. Y usted, Alejandro, ¿cómo se encuentra?

LOLOTTE Dile a tu amigo que tome una taza de café.

MIGUEL Muchas gracias, señora. He tomado ya.

ALEJAN. Pues fume usted un habano. (Alejandro toma la caja de cigarros de manos del criado y ofrece a don Miguel.) ¿Qué me dice usted de aquella *Manon* de anteayer?

MIGUEL Detestable, amigo mío. La Boyer, detestable.

LOLOTTE ¡Ah! A mí no me pareció mal en el *andantino* de entrada y en el *racconto*.

RENDUFE En el «racconto», sí, señor.

MIGUEL Pero flaqueó en la escena del «Cours-la-Reine». (Encendiendo el cigarro en la vela que Lolotte le presenta.) Muchas gracias.

ALEJAN. Quien ha visto a la Darclée...

MONFALIN (Cambiando de partitura y tarareando.) «La tua non e la mano che mi toca»...

MIMÍ (Ingenuamente.) Pues a mí me gustó. ¡Es tan monina!

MIGUEL (Levantándose.) Mañana vamos a oir *Werther*. Nunca he visto a Borgatti.

ALEJAN. ¿Ya se va usted?

MIGUEL Quería pedirle un momento de atención, querido Alejandro Botello.

ALEJAN. Usted dirá.

MIGUEL Dos palabras nada más.

ALEJAN. En mi despacho, si le parece.

MIGUEL Como usted quiera. (Inclinándose ligeramente.) Señoras... (Desaparecen por el fondo izquierda. Don Miguel y Alejandro.)

MONFALIN (Levantándose, a Barradas.) ¡Pero, Barradas! ¡Por Dios! ¿Qué ha sido eso Me ha dado usted escalofríos.

BARRADAS Perdonen, señores, esta escena desagradable. Palabra de honor. Si llego a saber que Alejandro me reservaba semejante encuentro, no hubiera venido.

LOLOTTE ¿Pero qué le costaba a usted alargarle la mano?

BARRADAS Querida Lolotte: yo acostumbro a escoger mis relaciones.

RENDUFE ¡Pero ustedes se trataban, qué demonio!

MONFALIN Eran amigos.

BARRADAS Amigos, no; conocidos. Le he sentado a mi mesa. Le he prestado dinero. Le he tolerado en cuanto le he creído un tipo sin sentido moral únicamente. Pero, no. «Eso» que ustedes aquí vieron es un auténtico *scroc*. Le eché de mi despacho, en París, porque tuvo la desfachatez de venirme a proponer un negocio de moneda falsa. Le eché a la calle para no tener que abofetearle. Nunca más apareció. No le he visto hasta ahora. ¿Ustedes le alargarían la mano? No señor. Es lo que yo acabo de hacer.

RENDUFE En estos momentos estará seguramente proponiendo lo mismo a Alejandro.

MONFALIN O a pedirle dinero prestado.

BARRADAS Es capaz de todo. Después de lo que ha pasado con su mujer... *C'est un sale type.*

LOLOTTE ¿Con su mujer?

RENDUFE ¿No lo sabe usted, Lolotte?

LOLOTTE Yo no sabía ni que estuviera casado.

BARRADAS Se ha vendido y se ha jugado la mujer varias veces. Es un *mangeur de blanc*, un *maquereau*. En París, en Madrid... Hoy a costa de una; mañana a costa de otra. La verdad es que ha tenido espléndidas mujeres, ese tipo.

MIMÍ (Ingenua.) ¡Qué lástima! ¡Un chico tan guapo! ¿Verdad, Lolotte?

RENDUFE Es un tipo distinguido.

MONFALIN Hidalgo. Conocí a su padre. Fué nuestro embajador en Viena. Murió loco. Y ese muchacho ha tenido dinero.

BARRADAS Ha derrochado dos fortunas. La suya y la de su mujer. Y las ha derrochado es-

túpidamente. Mujeres, juego, caballos, *bric-à-brac*... Un *grand seigneur*. Hacía cosas ridículas, idiotas. Vean ustedes. Cuando fué agregado de Legación en Rusia—ese tipo ha sido agregado de Legación como todo el mundo—una noche entró en el café más lujoso de San Petersburgo. Se instaló en una mesa. Pidió Champaña. Sacó un revólver del bolsillo y empezó a acribillar a balazos una figura de mujer desnuda pintada en el «plafond». Alarma general: pitos, gente. Aparecen los criados. Y ese tipo, sin inmutarse, se mete el revólver en el bolsillo y pregunta al *maître d'hôtel*: ¿cuántos rublos le debo, amigo?

MONFALIN (Riéndose.) Es un tipo pintoresco.

BARRADAS Pintoresco, no. Idiota.

MIMÍ ¿Y le prendieron?

BARRADAS Pagó. Hace cinco años que está sin un céntimo.

MONFALIN ¿Y de qué vive ahora?

BARRADAS Sablazos, *cambriolage*... Ya le conocen en París. Escribe tarjetas a todo el mundo con una corona de conde pidiendo cinco francos prestados. Un tipo así es una vergüenza en el extranjero. Si el conde de Montesquiou, en vez de marcarle el rostro le hubiera metido un palmo de acero en el pecho, nos habría librado de él para siempre.

RENDUFE ¿Por lo visto ese duelo no fué una comedia?

BARRADAS ¿Una comedia? Fué hace dos años, en París. Por una *cocotte*. Aquella cicatriz que tiene en la cara es un auténtico golpe de sable. Se ha batido cuatro o cinco veces. Y lo curioso es que se trata del hombre más cobarde que conozco.

LOLOTTE (Vivamente.) ¡Cobarde, no! Un hombre que se bate no puede ser cobarde.

BARRADAS Según y cómo. Es una cuestión de ner-

vios. Hay muchos hombres valientes incapaces de batirse en duelo. Si él no fuese un cobarde, me habría abofeteado cuando le he vuelto la espalda.

LOLOTTE Puede que aun lo haga.

BARRADAS No hará nada, amiga mía. Le conozco como a mis dedos.

LOLOTTE (Después de una pausa.) ¿Y su mujer? ¿Con quién vive ahora?

BARRADAS Con él. Ha vuelto a reunirse con él.

LOLOTTE ¿Con su marido? ¿Otra vez?

BARRADAS Con su marido, sí. Viven juntos en Madrid.

RENDUFE Pero si estaban separados.

BARRADAS Tanta vergüenza tiene uno como otro. ¿Usted la conoce?

RENDUFE ¿A Marta de Noroña? Ya lo creo. Desde la infancia.

MONFALIN Dicen que es una mujer hermosísima. Yo no la conozco.

BARRADAS Inteligente, *detraquée*. Esa criatura, un día, tuvo conmigo una frase que la define. Una frase que revela la psicología de una mujer. Yo sabía que ellos vivían separados. Lo sabía todo el mundo, en París. Una noche, entro en el Café Anglais y los veo juntos en la misma mesa. Me aproximo para hablarles y noto que ella se queda perturbada, nerviosa, al verme. A media conversación ya se había puesto y quitado veinte veces los guantes. De repente se vuelve y me dice: «—¿Es usted capaz, don Antonio Barradas, de responder a una pregunta que voy a hacerle?—Siempre hay manera de responder a todas las preguntas, señora.—¿Qué concepto forma usted de mí?—Una mujer encantadora, inteligente...—No. No es eso. ¿Qué concepto forma usted de mí al verme otra vez al lado de mi marido?—Pienso que es usted, señora, infinitamente generosa.—¿Qué quiere usted que le

haga? Reconozco que «eso» es un ser moralmente innoble, ¿sabe? Pero es interesante, es hidalgo desde las uñas de los pies a la punta de los cabellos... Tengo por él una especie de atracción enfermiza, semejante a la atracción del abismo...»

MONFALIN ¿Pero ella dijo eso a la cara del marido?

BARRADAS Se lo dijo a la cara.

RENDUFE ¿Y qué dijo él?

BARRADAS No dijo nada. Oyó, sonrió... Y nada más.

MONFALIN ¡Es chocante!

MIMÍ Eso es porque ella le quería. ¡Eso es querer a un hombre!

BARRADAS No lo crea usted... ¿Hay acaso una mujer que se pueda enamorar de un tipo semejante?

MONFALIN ¿Puede querer a un hombre que se la jugó a la ruleta?

RENDUFE Un *voyon*, un *scroc*...

LOLOTTE ¡Qué equivocados están ustedes!

BARRADAS ¿Pretende usted, Lolotte?...

LOLOTTE ¡Qué mal conocen ustedes a las mujeres!

BARRADAS ¿Le parece que un tipo así puede despertar pasiones?

LOLOTTE Son los únicos que las despiertan, amigo mío. Yo conozco mejor a las mujeres que usted...

BARRADAS (Interrumpiendo maliciosamente.) Permita que lo dude...

LOLOTTE (Con una sonrisa amarga.) Porque las conozco a través de los hombres. (Se oyen las voces de Alejandro y de don Miguel.)

ALEJAN. (Entrando por el fondo izquierda, a Miguel.) Mañana o pasado o el día que quiera. Usted va al Círculo, ¿no es verdad? Yo estoy allí todas las noches.

MIGUEL No corre prisa.

BARRADAS (Levantándose.) Le esperaba a usted, querido Alejandro, para despedirme.

ALEJAN. ¿Se marcha usted ya, Barradas?

BARRADAS Van a dar las once. Tengo que ir aun al

«Riviera Palace», por causa de unos negocios de Londres.

ALEJAN. (Riéndose.) Unos negocios, ¿eh?... Unos negocios de faldas, querrá usted decir.

BARRADAS Bueno... sí: mujeres y negocios. (Besando la mano a Lolotte.) Mi querida Lolotte...

MIMÍ Con tu permiso, Lolotte, nosotros también nos vamos.

LOLOTTE (Tocando el timbre.) Tomen antes una taza de the.

MONFALIN (A Alejandro.) Se nos está haciendo tarde. Tenemos que ir a casa a pie.

BARRADAS No se apuren. Les llevo en el auto.

ALEJAN. (Al criado, que aparece por el fondo derecha.) Los abrigos.

MONFALIN (A Barradas.) Va a ser una molestia para usted...

BARRADAS Al contrario... un paseo agradable.

LOLOTTE (A la criada, que aparece por el fondo izquierda.) Las pieles y el abrigo de la señora doña Mimí. (La criada sale por la izquierda, baja y vuelve con las pieles y el abrigo.)

MIMÍ ¡Y poco que me gusta ir en automóvil! (A Barradas.) ¿Qué marca es el de usted?

BARRADAS (Poniéndose el sobretodo ayudado por un criado.) Benz.

MIMÍ ¿Benz? ¡Magnífico! (A Lolotte que la ayuda a ponerse el abrigo.) Si mañana vas al Real, no dejes de avisarme mandándomelo decir, oyes? ¿Te parece si aun está pasable el vestido?...

MONFALIN (Oyendo lo que dice Mimí, a Alejandro, que le ayuda a ponerse el abrigo.) Es una buena chica, crea usted. *Pot-au-feu pendant la semaine, roti au dimanche...* (A don Miguel.) Tanto gusto en verle.

RENDUFE (Besando la mano a Lolotte.) ¿Quedamos en que me suicide, Lolotte?

LOLOTTE (Aburrida.) Sí. A ver si así me deja en paz.

ALEJAN. Déjense ver más a menudo.

RENDUFE (Estrechando la mano a don Miguel.) Miguel...

LOLOTTE (Riéndose, a Monfalin, que la besa la mano.) No se olvide usted de llevar a Mimí a París.

ALEJAN. Es verdad, Paco: no se olvide de llevar a Mimí a París...

MONFALIN ¡Adiós!... (Risas, cumplimientos. Barradas no se despide de don Miguel. Salen Mimí, Barradas, Monfalin y Rendufe.)

LOLOTTE (A don Miguel, que está en el sofá Maple de la izquierda hojeando distraidamente una ilustración de modas.) ¿Le interesan las revistas de modas?

MIGUEL ¡Ah! No me fijaba. (Dejando la revista.) Estaba hojeando maquinalmente.

ALEJAN. (Viniendo del fondo y dirigiéndose a la mesa.) ¡Demonio! Se me han llevado el coñac.

MIGUEL (Levantándose.) Si me permite, Alejandro... (Besando la mano a Lolotte.) Señora...

ALEJAN. No se vaya usted aun... Voy a enseñarle un Delft que he comprado hoy. Al salir de aquí va al Círculo, ¿no es eso?

MIGUEL Seguramente.

ALEJAN. Le acompaño. Iremos juntos. Es sólo el tiempo de ponerme el abrigo. (Dirigiéndose al "couch-corner" del fondo derecha, abriendo el armario y revolviendo bibelots para sacar el Delft.) Verá usted un Delft magnífico.)

MIGUEL (Sentándose de nuevo en el sofá Maple.) El pasado es un vértigo, señora. Hace ocho años estaba yo aquí, en este mismo sitio, sentado en un sofá como este...

LOLOTTE ¿Aquí?

MIGUEL Fué a esta casa donde vine a vivir cuando me casé.

LOLOTTE ¿Vivió usted en esta casa?

ALEJAN. (Desde el fondo.) ¿Ha vivido usted aquí?

MIGUEL Aquí mismo. Hace cinco años.

ALEJAN. ¡Qué casualidad!

MIGUEL (A Lolotte.) Todo está igual... poco más o menos... El comedor... Aquí una sala de fumar... (Con una indicación interrogadora.) Allí... (Señalando la izquierda baja.)

LOLOTTE ¿La cortina verde? Cuarto de dormir y cuarto de *toilette*.

MIGUEL Lo mismo, lo mismo... Estoy reviviendo ese tiempo. (Mirando a Lolotte.) Unicamente...

LOLOTTE Unicamente no era yo la que estaba aquí hace cinco años...

ALEJAN. (Bajando del fondo.) No sabía que había usted vivido en este piso. (Enseñándole la "faience".) Aquí está. Vea usted este plato armoriado del siglo XVII. ¿Es o no es una rica *faïence* holandesa?

MIGUEL (Examinando el plato.) No es un Delft.

ALEJAN. ¿No es un Delft?

MIGUEL Por lo menos no tiene marca.

ALEJAN. No tiene marca, pero es un Delft. He visto muchos Delfts sin las tres campanas.

MIGUEL Mejor parece un Ruan, porcelana francesa.

ALEJAN. ¡Qué ha de ser Ruan!... Ruan, Ruan... Mire usted este barniz... Vea usted este color... Vea, vea, mientras yo me pongo el abrigo. Es un Delft magnífico... Con tu permiso Lolotte... (Pasando junto a la mesa donde han quedado las copitas y las tazas.) Esta manía de quitarme el coñac... (Sale por el fondo izquierda.)

LOLOTTE (Abriendo la arquilla que está sobre el piano y sacando una llavecita dorada, con gestos que don Miguel va siguiendo.) Hace un momento oí contar de usted lo peor que se puede decir de un hombre.

MIGUEL (Con una sonrisa.) ¿De veras?

LOLOTTE Tanto mal me han dicho, que me han despertado una invencible curiosidad por conocerle a usted.

MIGUEL ¿Dijeron mal de mí? *A la bonne heure*. Si hubieran dicho bien les pediría explicaciones.

LOLOTTE (Después de una pausa y acercándosele.) ¿Sabe usted lo qué es esto? (Gesto de don Miguel.) Es la llave de mi casa.

MIGUEL (Sin comprender.) ¿La llave de su casa?

LOLOTTE Sí. La llave de mi casa. (Entregándosela.) Aquí la tiene usted.

MIGUEL ¡Pero, señora!...

LOLOTTE Le espero a media noche.

MIGUEL ¿Aquí?

LOLOTTE Aquí.

MIGUEL ¡Pero esto es una locura!...

LOLOTTE (Indicando la llave que don Miguel conserva en la mano.) Dos vueltas suavemente... Sirve para las dos puertas: la de la calle y la del piso.

MIGUEL ¡Lolotte!... ¡Yo no puedo abusar de un momento de perturbación!...

LOLOTTE ¡Bah, bah, bah!... ¿Ahora viene con escrúpulos? ¿Es la primera aventura que ha tenido en su vida? ¿Es la primera mujer que hace esto por usted? (En otro tono.) Suba la escalera despacio. No conviene que los criados se enteren.

MIGUEL Pero... ¿y Alejandro?... Será necesario ver si Alejandro...

LOLOTTE Alejandro retira de madrugada. Son contadas las veces que duerme aquí.

MIGUEL (Cogiéndola una mano.) Reflexione, Lolotte. Aun está a tiempo. Esto es una locura...

LOLOTTE. ¡Venga!

MIGUEL (Rozándola la espalda.) Yo no debo entrar en esta casa... Yo no debo aceptar esta llave... Lolotte. Yo soy un ser funesto... Yo...

LOLOTTE (Rápida y en voz baja.) ¡Alejandro!

MIGUEL (A Alejandro, mudando de tono y enseñándole la porcelana.) Es Delft. Tiene usted razón. Es un Delft magnífico.

ALEJAN. (Vistiendo pardesú, poniéndose tranquilamente los guantes mientras don Miguel besa la mano a Lolotte.) ¡Ya le decía yo! Vamos al Círculo.

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Dormitorio. Imperio. Encajes. Confort. Elegancia. Al fondo, puerta de entrada, a la derecha. Al fondo izquierda, en el ángulo y en la izquierda baja, ventanas o balcones; "brise-bises" de encaje inglés. A la derecha baja, puerta que comunica con el cuarto de baño. Cama; pequeña mesa de noche al lado, con lámpara eléctrica; biombo de seda. A los pies de la cama, sofá. Velador con libros franceses; "abat-jour". Armario de luna con columnas imperio e incrustaciones de metal. Cuando se abre la ventana del fondo, se ve la luz azulada del Paseo a la una y media de la madrugada.

MARTA (Sentada en el sofá leyendo.) Adelante.

CRIADA ¿Ha llamado la señorita?

MARTA Sí.

CRIADA ¿Le sirvo el the?

MARTA No. Enciende la luz del cuarto de baño. Voy a acostarme.

CRIADA (Yendo a buscar la camisa de noche y saliendo por la derecha baja.) Voy, señorita.

(Marta, delante del espejo se quita un lazo de terciopelo y unas horquillas de la cabeza. La criada vuelve; saca unas flores del cuarto y abre la cama. Marta sale por la derecha baja. Se oye un automóvil que se detiene al pie de la casa.

MARTA (Desde dentro.) ¿Ha parado un automóvil?

CRIADA Sí, señorita.

MARTA Ve si es don Miguel.

(La criada abre la ventana del fondo izquierda. Se ve pasar gente por la calle. Voces.)

CRIADA (Cerrando la ventana.) No, señorita. Son los señores del principal.

MARTA (Entrando y dirigiéndose a la cama empezando a desnudarse.) ¿Qué hora es?

CRIADA (Ayudándola a quitarse los zapatos.) La una y media.

MARTA Di a Juan que no espere al señorito. Ya puede acostarse.

CRIADA Sí, señorita. ¿A qué hora quiere la señorita que entre el chocolate mañana?

MARTA (Metiéndose en la cama.) A las diez, si hace buen día. Si no, déjenos dormir. Yo llamaré.

CRIADA ¿Dejo la luz del cuarto de baño encendida?

MARTA (Encendiendo la lamparita de la cabecera.) No. Puedes apagarla.

(La Criada sale. Cierra la luz del cuarto de baño y vuelve.)

Dame ese libro de cubierta amarilla que está en el velador.

CRIADA (Mostrándole un libro que está encima de la mesa.) ¿Este?

MARTA Sí.

CRIADA (Apagando la luz del "abat-jour".) ¿Quiere algo más la señorita?

MARTA (Abriendo el libro, dispuesta a leer.) No. Puedes acostarte.

CRIADA (Saliendo y cerrando la puerta.) Buenas noches; que descanse, la señorita.

MARTA Buenas noches. (Lee un momento. Deja el libro. Apaga la luz. Obscuridad. Silencio. Abrese la puerta del fondo y entra un bulto.) Miguel... Miguel... ¿Eres tú?

MIGUEL Sí.

MARTA ¿Qué hora es?

MIGUEL Las dos... poco más.

(Silencio. El bulto negro de don Miguel pasa a la izquierda.)

MARTA ¿No te acuestas?

MIGUEL Ya voy. (Nuevo silencio. Inmovilidad.)

MARTA ¿Sabes?

MIGUEL ¿Qué?

MARTA Papá ha mandado dinero.

MIGUEL Bueno.

MARTA Y tú, ¿has encontrado algo?

MIGUEL No.

MARTA (Extrañando los monosílabos.) Pero ¿qué te pasa?

MIGUEL Nada.

MARTA Ven a acostarte.

MIGUEL Ya voy. Estoy fumando.

MARTA ¿Fumando? No veo la lumbre del cigarro.

MIGUEL Estoy fumando, te digo.

MARTA No veo la lumbre del cigarro. (El bulto se mueve y baja.) Pero ¿qué haces junto al balcón? (Enciende la luz de la cabecera.)

MIGUEL (De pardesú, al brazo. El frac con el cuello levantado, pálido, sorprendido por la luz en actitud de quien escucha junto al balcón de la izquierda baja.) ¡Apaga la luz!

MARTA ¿Qué daño te hace la luz?

MIGUEL ¡Apaga la luz! Me duele la cabeza.

MARTA (Apagando la luz.) Pues ven a acostarte. Tengo frío. (De nuevo obscuridad. Inmovilidad.)

MIGUEL ¡Oigo voces en la calle!

MARTA Gente que pasa. ¿Has tenido algún disgusto?

MIGUEL (Imponiéndola silencio a media voz.) Calla... Escucha... ¿No oyes?

MARTA (Con voz natural.) ¿Qué hay?

MIGUEL ¡Cállate! ¿Has oído?

MARTA ¿Qué?

MIGUEL Forcejean la puerta.

MARTA ¿Qué puerta?

MIGUEL La puerta de la escalera.

MARTA Yo no oigo nada.

MIGUEL Yo, sí. He oído claramente...

MARTA (Sentándose en la cama.) Tú tienes algo. ¿Qué te pasa?

MIGUEL Nada. No me pasa nada.

MARTA Me ocultas la verdad. ¿Qué te pasa? ¿De dónde vienes?

MIGUEL (Queriendo simular serenidad.) Ya me acuesto. Déjame acabar de fumar.

MARTA No. Me extraña tu voz. Tú me ocultas algo. (Se oye abrir un cajón de la mesita.) ¿Qué buscas en la mesita? (Ruido de un objeto pesado que cae en el parquet. Abrese de nuevo la luz de la cabecera. Don Miguel es sorprendido en la actitud de recoger un revólver del suelo. Marta salta de la cama.) ¡Miguel! ¿Para qué quieres el revólver? ¿Estás loco? ¿Qué te pasa?

MIGUEL ¡Cállate!

MARTA Suelta el revólver.

MIGUEL (Dejando el revólver sobre la mesita.) ¡Déjame!

MARTA (Mirándole.) Estás desfigurado. (Progresiva ansiedad.) ¡Tienes sangre en la cara! ¿Qué ha sido eso? (Separándole el cuello del frac y viéndole el cuello y la pechera de la camisa manchados de sangre.) ¡Vas lleno de sangre!

MIGUEL ¡Cállate!

MARTA ¿Te han herido? (Sacudiéndole.) ¿Oyes? ¿Estás herido?

MIGUEL No.

MARTA ¿De quién es esta sangre? ¿Por qué vas lleno de sangre?

MIGUEL ¡Cállate! (Disimulando.) Una hemorragia. He tenido una hemorragia.

MARTA ¿Una hemorragia? Hay que llamar a un médico. (Encaminándose hacia la cama.) Voy a ponerme la bata.

MIGUEL (Deteniéndola.) No. Tú no sales de aquí.

MARTA (Con desvarío.) Es necesario un médico. Voy a llamar a los criados.

MIGUEL No. Tú no llamas a nadie.

MARTA (Viendo la mano de don Miguel herida de una cuchillada.) ¡Mientes! No ha sido una hemorragia. Estás herido en esta mano. Tienes una cuchillada en la mano.

MIGUEL Rompí un cristal. Al montar en el coche. (Se quita el frac.) Prepárame agua. Agua caliente. Quiero lavarme.

MARTA (Mirándole con desconfianza.) ¿Por dónde ha-

brás andado?... ¿Qué nueva canallada has cometido?...

MIGUEL Enciende el calentador y saca agua.

MARTA (Entrando en el cuarto de baño y volviendo a los pocos momentos.) Dame un fósforo. No tengo fósforos.

MIGUEL Habla bajo.

MARTA Hablar bajo, ¿por qué? ¿De qué tienes miedo?

MIGUEL Qué sé yo dónde están los fósforos.

MARTA (Buscando los fósforos en los bolsillos del abrigo, febrilmente, y sacando un pañuelo de encaje, de mujer, ensangrentado.) ¿Un pañuelo de encaje?... ¿Un pañuelo de mujer ensangrentado? (Continúa buscando en los bolsillos del abrigo del marido. Suspendido de un guante ensangrentado sale un collar de perlas que cae al suelo.) ¿Qué es esto?

MIGUEL ¡Chist!

MARTA (Sacando otras joyas.) ¡Joyas!

MIGUEL ¡Cállate!

MARTA ¿A quién has robado? ¿A quién?... (Fuera de sí, las manos crispadas sobre las joyas.) ¡Canalla! ¡Canalla!

MIGUEL (Queriendo taparle la boca.) ¡Silencio!

MARTA (Apartándole con repugnancia.) ¡Que me manchas de sangre! Pero ¿qué es esto? ¿Qué significa esto? ¿Qué has hecho? ¿Has robado estas joyas? ¿Has robado?

MIGUEL (Con voz apagada.) Sí.

MARTA ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿A quién?

MIGUEL ¡Chist! (Silencio. La mirada de don Miguel se fija con terror en la ventana de la izquierda baja.) Escucha... Oigo hablar en la calle, al pie del balcón.

MARTA (Sujestionada, aproximándose a la ventana. Respiración suspensa. Escuchando.) Oigo voces. Están aquí mismo.

MIGUEL No hables.

MARTA ¿Pero tú tienes miedo? ¿Alguien te ha visto? ¿Sabe alguien?...

MIGUEL No. Nadie. Creo que nadie.

MARTA (Escuchando.) Parece que se alejan.

MIGUEL (Mirando por los cristales.) Se alejan...

MARTA (Después de una pausa.) Se alejan...

MIGUEL (Cayendo sobre el taburete.) Se alejan...

MARTA ¿Hay que huir? Di. ¿Hay que huir?

MIGUEL No. Creo que no.

MARTA Todo se arregla. Hay dinero. Un automóvil...

MIGUEL No. Huir es peor.

MARTA (Maquinalmente.) Huir es peor... (Revolviéndose exasperada.) ¡Canalla! ¡Y vivo yo con «esto»!... ¡Y vivo yo unida a este lodo!... Pero di. Di. (Sacudiéndole.) ¿Cómo ha sido? ¿Quién ha sido? ¿De dónde vienes?

MIGUEL Dame agua. Me sabe la boca a sangre.

MARTA ¿De quién son estas alhajas? ¿A quién has robado estas joyas?

MIGUEL (Postrado.) No sé. No me preguntes nada.

MARTA (Dándole agua.) Habla. Dime... Yo estoy aquí... Soy tan miserable como tú. (Mojando un pañuelo en el vaso y lavándole la mano ensangrentada.) Pero ¿esta sangre es tuya? ¿De dónde vienes? ¿Dónde has pasado la noche?

MIGUEL En casa del secretario de los Estados Unidos. He cenado con el secretario de los Estados Unidos.

MARTA ¿Y vienes de allí ahora?

MIGUEL No.

MARTA ¿De dónde?

MIGUEL De casa de Alejandro Botello.

MARTA ¿Quién es ese hombre?

MIGUEL No le conoces.

MARTA ¿Qué has ido a hacer allí?

MIGUEL Me había invitado a comer.

MARTA ¿Le has pedido dinero?

MIGUEL Sí.

MARTA ¿Te lo ha negado?

MIGUEL Me ha prometido que mañana... pasado... más tarde...

MARTA Y estas joyas ¿son de su mujer?

MIGUEL No.

MARTA Pues ¿de quién son?

MIGUEL De su amante.

MARTA ¿Y tú has ido a casa de su amante?

MIGUEL Sí. Vive en la misma casa que nosotros vivimos.

MARTA ¿En el barrio de Salamanca?

MIGUEL Sí.

MARTA ¿Ha sido tu amante también?

MIGUEL No.

MARTA No me lo niegues. Dímelo todo.

MIGUEL Te digo que no. Nunca la había hablado. La conocía de vista. De aquí. De Monte-Carlo. Al despedirme me dió una llave. (Sacando del bolsillo del chaleco una llave dorada.) Esta. Dijo que me esperaba a media noche.

MARTA ¿La llave de su casa?

MIGUEL La llave de su casa.

MARTA ¿Y tú has ido?

MIGUEL He ido a media noche. (Silencio.) Cenamos. Champagne. La tuve en mis rodillas. Después empezó a desnudarse; se quitó los pendientes, los anillos, un collar de perlas... Lo guardó en la arquilla, sobre el tocador. Yo seguía sus movimientos.—Que la esperase un momento, que volvía en seguida.—Desapareció detrás de una cortina verde. Quedé solo. Una atracción diabólica... La letra fálsa que vence de aquí a tres días... La arquilla abierta... Saqué las perlas... Salió otra joya prendida. Cayó en el mármol... El portier corrióse. Apareció ella. Quiso gritar: la eché las manos al cuello. Quiso gritar más: la tapé la boca. Quiso gritar más aun: sobre la mesa vi un cuchillo...

MARTA (Retrocediendo.) ¡Horror!

MIGUEL (Con el gesto del que hiere.) ¡Hundí! ¡Hundí! ¡Hundí!

MARTA (Los ojos fijos en Miguel, retrocediendo aun, con voz ahogada.) ¿La mataste?

MIGUEL ¡Sí!

MARTA (Mirándole siempre, con voz inarticulada.) ¡Asesino! ¡También asesino!

MIGUEL (Avanzando.) ¡Silencio!

MARTA Te faltaba eso: asesino. (Huyéndole en un gesto de repugnancia.) ¡No! ¡No te acerques a mí! ¡No te acerques!

MIGUEL ¡Marta!

MARTA Todo lo he soportado. ¡Todo! Los mayores ultrajes, las mayores humillaciones, las mayores infamias. Me ha salpicado tu fango, me has vendido a tus amigos...

MIGUEL (Amenazándola.) ¡Calla, que me pierdes!

MARTA Pero sangre, sangre, no. (Retrocediendo.) ¡Quítate! ¡Me das horror! ¡Me das asco!

MIGUEL Calla. Nadie lo sabe... Nadie lo sabrá.

MARTA ¡No!

MIGUEL Ella está muerta. No tengas miedo. Arrastré el cadáver hasta su cuarto. Apagué las luces. Ningun criado me vió. Nadie me vió entrar.. No me vió salir nadie. No queda allí ningún vestigio de mí... Nada que... (Suspendiendo, en una expresión de angustia horrible, y corriendo hacia el sofá donde dejó el frac.) ¡Ah!

MARTA (Siguiendo los movimientos desde lejos.) ¿Qué?

MIGUEL (Buscando febrilmente en los bolsillos del frac.) ¡Estoy perdido! Mi cartera. ¿Dónde está mi cartera?

MARTA (Aproximándose.) ¿Tu cartera?

MIGUEL ¿No está en el frac? Mira si la encuentras. (Buscando él también.) Tal vez en el abrigo...

MARTA ¿No has pagado el coche?

MIGUEL No. He venido a pie.

MARTA (Buscando por los bolsillos, por el cuarto.) No está en el abrigo. ¿Estás seguro de que la llevabas?

MIGUEL Segurísimo. Cuando fuí al Círculo la te-

nía. La tuve en mis manos. Estoy seguro ...

MARTA ¿No la sacaste del bolsillo, allí?

MIGUEL No... no sé...

MARTA Haz memoria.

MIGUEL Unicamente si me cayó... Me cayó... Me cayó, seguramente. Cuando me incliné para arrastrar el cadáver. (Cayendo anonadado en el sofá, la mirada inmóvil, el rostro parado.) Dejé allí la cartera. ¡Perdido!... ¡Estoy perdido!...

MARTA ¿Qué hacemos?

MIGUEL (Perplejo.) No sé... No sé...

MARTA ¿No sabes? (Imperiosamente.) ¡Ve a buscarla inmediatamente!

MIGUEL ¿Yo?

MARTA (Ayudándole a poner el pardesú.) Ponte el abrigo. Toma la llave. Un automóvil. No hay un momento que perder.

MIGUEL (Dejándose poner el pardesú, como un autómata, la mirada vaga, balbuceando.) No puedo... Yo no puedo volver a aquella casa.

MARTA (Ayudándole a poner el pardesú.) Ponte el abrisa! Vete. Así mismo. Toma una bufanda. (Se la pone al cuello.) Límpiate la sangre que tienes en la cara. Aprisa. Hazlo por los dos. Aun es tiempo.

MIGUEL (Desplomándose en el sofá.) No tengo fuerzas... No tengo valor... No puedo...

MARTA ¡Cobarde! (Corriendo al armario y sacando un abrigo.) ¡Cobarde! ¡Cobarde!

MIGUEL (Siguiéndole los movimientos.) ¡Marta! ¿Qué es eso? ¿Qué vas a hacer?

MARTA (Poniéndose el abrigo.) ¿Es en la misma casa que nosotros vivimos?

MIGUEL Sí.

MARTA (Cubriéndose la cabeza con una echarpe obscura.) ¿En el mismo piso?

MIGUEL Sí.

MARTA ¿Estás seguro que está muerta?

MIGUEL Sí.

MARTA Dame esa llave. (Se la arranca de la mano.) Iré yo.

MIGUEL ¿Tú?

MARTA (Indicando el revólver que ha quedado sobre la mesa, junto al sofá.) Yo. Te dejo el revólver. Si dentro de una hora no he vuelto, te metes una bala en la cabeza. Es lo mejor que podrás hacer. (Sale por el fondo, rápidamente.)

MIGUEL (Viéndola desaparecer, haciendo un ligero movimiento para detenerla y cayendo en el sofá sollozando.) ¡Cobarde!... ¡Cobarde!

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración y mise en scene que en el primer acto. Sobre la mesa de laca, los restos de una cena. Heladora con Champagne. Una servilleta ensangrentada. La puerta de cristales que comunica con el comedor, cerrada.

Al levantarse el telón, obscuridad completa. Silencio corto. Ruido seco de una silla que cae. Silencio. Nuevo ruido de una porcelana que se hace añicos. Otro silencio aun. De repente se abre la luz cruda de la araña central. MARTA aparece en la puerta, pálida, la écharpe caída sobre los hombros, una expresión intraducible de pavor en el semblante, la mano izquierda en el interruptor eléctrico y la derecha defendiendo sus ojos de la luz intensa y súbita. Otra vuelta al interruptor. La luz se apaga. Avanza. Encuentra el interruptor de la izquierda baja. Se encienden las dos lámparas encarnadas que están a ambos lados del marco del tremó Luis XVI. Es una luz dulce, velada, que esparce por la sala encantos de penumbra. Marta lanza una mirada en derredor.

MARTA Nadie. (Se orienta. Va derecha a la mesa. Busca nerviosamente. Encuentra la servilleta ensangrentada. La coge con repugnancia y la esconde detrás de un mueble. Busca en el sofá, en el "couch-corner", sobre la alfombra, por todos lados. No encuentra la cartera. El rostro se le contrae. Sus movimientos vuélvense progresivamente agitados; se la siente la respiración opri-

mida.) La cartera no está aquí. Debe estar en el cuarto de la muerta. (La cortina verde la atrae. Ve luz. Adivina luz, allí dentro. La idea de encontrar el cadáver retrata el pavor en su rostro.) Pero... no hay más remedio. (La mano se le crispa al coger el terciopelo verde. No tiene valor para correr la cortina. Da media hora en el reloj de bronce que está sobre el tremó; las dos y media.) ¡El tiempo vuela! (Nueva tentativa para entrar en el cuarto. Retrocede.) ¡No puedo! (En esto, óyense puertas que se cierran, fuera. Corre al interruptor de la izquierda baja y apaga la luz. Obscuridad. Los cristales de la puerta del comedor se iluminan vagamente. Una claridad movediza palpita al fondo. Oyense voces de mujer cuchicheando.) Hay que tomar una resolución. (La cortina se aparta. El bulto espavorido de Marta entra en el cuarto iluminado. Se entrevé un momento el cadáver. La cortina verde cae pesadamente. Dos criadas aparecen en la puerta encristalada del fondo izquierda. Una de ellas lleva en la mano una bujía encendida.)

CRIADA 1 Yo no oí nada.

CRIADA 2 Yo sí.

CRIADA 1 ¿Ves? La señorita ya está acostada.

CRIADA 2 No faltaba más. A estas horas...

CRIADA 1 Pero ¿qué es lo que has oído?

CRIADA 2 Ruido.

CRIADA 1 ¿Qué ruido?

CRIADA 2 (Levantando una silla que está caída al lado de la puerta del fondo.) Mira. Fué esta silla que cayó.

CRIADA 1 Esto es que el señorito ha entrado ahora.

CRIADA 2 (A la primera, que tropieza con una alfombra.) ¡Chist!

CRIADA 1 (Viendo en el suelo la porcelana rota.) Han roto este jarro.

CRIADA 2 Es el señorito que ha vuelto.

CRIADA 1 Naturalmente estaba... (Completa la frase con el gesto.)

CRIADA 2 Hace un momento me ha parecido oir gritar...

CRIADA 1 Yo no he oído nada.

CRIADA 2 (Dejando la vela sobre la mesa.) Han estado cenando.

CRIADA 1 Es verdad.

CRIADA 2 (Bebiendo el resto de una copa de Champagne.) ¡Chica!... Champagne.

CRIADA 1 Eran dos, por lo visto.

CRIADA 2 ¿No te han llamado a servirles?

CRIADA 1 Pues te digo que el que ha entrado ahora no es el señorito.

CRIADA 2 Eso es que ha salido.

CRIADA 1 Naturalmente ha salido.

CRIADA 2 (Dirigiéndose a la derecha baja.) No han cerrado los postigos.

CRIADA 1 Es mejor no cerrarlos: harías ruido.

CRIADA 2 ¿La señorita estará sola?

CRIADA 1 Puede que no.

CRIADA 2 Preguntémosle si quiere algo.

CRIADA 1 ¿Y si está alguien con ella?

CRIADA 2 No siendo el señorito, ¿quién ha de ser?

CRIADA 1 (Bajando a escuchar pegada a la cortina.) ¡Vaya! Si yo tuviera un duro por cada vez que...

CRIADA 2 Trae la luz.

CRIADA 1 (Escuchando.) No se mueven.

CRIADA 2 (Bajando nuevamente y aproximándose a la izquierda baja.) ¡Chist!

CRIADA 1 ¿Oyes?

CRIADA 2 Escucha.

CRIADA 1 ¿Oyes algo?

CRIADA 2 ¡Chist!

CRIADA 1 ¿Qué hay?

CRIADA 2 Está despierta.

CRIADA 1 Esto es que el señorito no ha salido.

CRIADA 2 (Escuchando aun.) Parece que está levantada.

CRIADA 1 Pregúntale si desea algo.

CRIADA 2 Pregúntale tú.

CRIADA 1 Tanto da.

CRIADA 2 Tal vez no le guste.

CRIADA 1 (Llamando, junto al portier, con voz natural.) ¡Señorita!

CRIADA 2 ¡Chist!

CRIADA 1 (Después de un silencio.) No responde.

CRIADA 2 Pues te digo que está despierta.

CRIADA 1 (Llamando de nuevo.) ¡Señorita!

CRIADA 2 Es que tiene alguien.

CRIADA 1 ¡Cállate!

CRIADA 2 (Después de un silencio.) No responde. ¿Quiere usted algo, señorita? (Insistiendo.) Señorita...

MARTA (Respondiendo desde dentro.) No.

CRIADA 2 ¡Chist! Coge la luz.

CRIADA 1 (Yendo a buscar la luz que quedó encima la mesa de laca.) Ese que está ahí... no es el señorito.

CRIADA 2 (Saliendo por el fondo izquierda.) Ahora ya pueden hacer el ruido que quieran. Lo que es yo no me levanto.

CRIADA 1 (Desapareciendo detrás de la puerta del comedor.) Yo, tampoco. (La claridad de la vela oscila aun entre los cristales, fluctúa, desaparece. Obscuridad. Se ve moverse la cortina verde. Marta sale, con la cartera en las manos, la expresión transfigurada. Abre la luz de las lámparas del tremó. Examina la cartera, hojea febrilmente, a ver si falta algo. Se arregla la "écharpe". Mira el reloj. Va a salir... De repente la puerta del fondo ábrese. Aparece ALEJANDRO BOTELLO con el pardesú sobre el hombro, el sombrero de copa ladeado hacia atrás, tarareando un motivo de ópera. Cierra la puerta. Da una vuelta al interruptor. La luz de la lámpara se enciende. Las piernas le vacilan. Resbala sobre el "couch-corner". El sombrero rueda por la alfombra. Continúa tarareando.)

ALEJAN. Parece que no he echado la llave. (Se levanta. Cierra la puerta del fondo. Se mete la llave en el bolsillo. Se echa de nuevo en el "couch-corner". Se fija en Marta que, instintivamente, después del primer momento de espanto, quiere escurrirse entre los muebles.) Lolotte. ¿Aun estás levantada? ¿No te has acostado? ¿Me esperabas? ¿Quién te ha dicho que iba a volver? He bebido mucho coñac en el Círculo. Un coñac detestable. ¿Quién te ha dicho que pasaría la noche contigo? (Pausa.) ¿Eh? (Pausa.) Mi mujer no me deja dormir. Se levanta de madrugada para ir a misa.

Cuantos más amantes tiene más misas oye. (Fijándose en la figura de Marta inmovilizada.) Ven acá. ¿Qué vestido te has puesto? (Silencio.) ¿Ibas a salir a estas horas de noche? (Se levanta.) ¿No oyes? ¡Lolotte! (Las piernas le flaquean.) ¿No respondes? (Se dirige hacia Marta, que permanece de espaldas.) ¿Por qué no me contestas? (La vuelve bruscamente de cara.) Lolotte. (Mirándola.) ¡Ah! ¿Quién eres? ¿Dónde está Lolotte? (Se dirige a la derecha baja.)

MARTA (Deteniéndole.) Ha salido.

ALEJAN. ¿Ha salido? ¿Dónde ha ido? (Dudando y mirándola de hito en hito.) ¿Pero tú no eres Lolotte? ¿Estás segura de que tú no eres Lolotte? Yo no estoy tan borracho que... (La coge para mirarla mejor.) ¿No eres Lolotte? Pero ¿quién eres?

MARTA ¡Silencio! Soy una mujer que te esperaba.

ALEJAN. Eres una mujer que no conozco.

MARTA ¡Cállate! Es indispensable que nadie nos oiga. Escucha bien. Lolotte se ha fugado. ¿Entiendes? Se ha fugado. Ahora mismo. En un automóvil.

ALEJAN. ¿Lolotte?

MARTA Habla bajo. Es preciso que lo sepas todo. Se ha fugado con un hombre.

ALEJAN. ¿Lolotte se ha fugado?

MARTA Y ese hombre...

ALEJAN. (Violento.) ¿Quién es ese hombre?

MARTA Es mi marido.

ALEJAN. ¿Tu marido? ¿Pero quién eres?

MARTA ¡Una mujer que quiere vengarse! ¡Traición por traición! ¡Amante por amante! (Aproximándose, apartando la "écharpe" y escondiendo la cartera en el pecho.) Mírame. Soy más hermosa que ella. Aquí me tienes.

ALEJAN. ¡Mientes! Lolotte no se ha fugado. (Yendo a precipitarse hacia la izquierda baja.) Lolotte está allí dentro.

MARTA (Cortándole el paso.) ¡No! Allí dentro no hay nadie.

ALEJAN. Pues yo veo luz. Veo luz allí, debajo la cortina.

MARTA ¡Pero si te digo que allí dentro no hay nadie!

ALEJAN. Pues ¿qué luz es aquella?

MARTA (Deteniéndole.) Es ilusión de tus ojos. No hay luz alguna.

ALEJAN. ¡Déjame! Lolotte está allí dentro. Yo sé que Lolotte está allí dentro.

MARTA (Luchando.) ¡No!

ALEJAN. ¡Apártate, o te estrangulo!

MARTA (Soltándosele de las manos en un movimiento de recurso y de audacia y señalando la cortina verde.) ¿Dudas? Mira. Levanta esa cortina. Anda, mira.

ALEJAN. (Cayendo sobre una silla, abatido, ante la actitud imperiosa de Marta.) ¡Lolotte! (Reaccionando en un momento de lucidez.) Pero ¿cómo sabes tú que ella huyó? ¿Cómo has entrado en esta casa? Yo estoy entorpecido por el coñac, pero no estoy borracho. (Precipitándose hacia un timbre eléctrico.) Voy a llamar.

MARTA ¡Eso no!

ALEJAN. Voy a llamar a los criados.

MARTA ¡No llames!

ALEJAN. Quiero saber quién eres.

MARTA ¡Cállate, que me pierdes!

ALEJAN. (Cogiéndola por un brazo.) ¿Cómo has podido entrar en casa?

MARTA ¡Déjame! (Nerviosamente, en una catapulta de palabras.) Yo te diré quien soy. Te lo diré todo. No llames a nadie. Soy una mujer casada. Estoy perdida si me encuentran aquí. Llamar, ¿para qué? ¿Qué daño puedo hacerte? ¿Qué recelo puedes tener de mí? Estoy sola. Estoy en tus manos. (Gesto de Alejandro.) Espera... No me interrumpas... Te lo diré todo. Dame de beber. (Alejandro bebe.) La boca me arde. Esto es una locura. Una gran locura. ¿Sabes lo

que me trae aquí? Los celos. Lolotte se ha fugado con el hombre que era toda mi vida. ¿Entiendes? Les he sorprendido. Huyeron.

ALEJAN. (Sentado y bebiendo.) ¡Lolotte!

MARTA Me he quedado expresamente. Sabía que vendrías. Me he quedado. Para vengarme. ¿Oyes? Para vengarme.

ALEJAN. (Bebiendo, lacrimoso.) ¡Lolotte! ¡Lolotte!

MARTA Soy tuya. Aquí me tienes. (Seduciéndole.) Quiero beber contigo, en tus rodillas. (Sentándosele en las rodillas.) Haz de mí lo que quieras. Quiero que ella me encuentre en tus brazos cuando vuelva.

ALEJAN. ¿Volverá? ¿Tú sabes si volverá?

MARTA Mírame. ¿Qué te importa Lolotte? Mírame. (Desabrochándose el abrigo.) ¿No es verdad que soy más hermosa? ¿No sientes el perfume de mi carne? Ahora tu amante soy yo. ¿Oyes? Soy yo. ¿Qué te importa la otra? Quiero aturdirme. Quiero aturdirte. (Echando coñac en la copa de Champagne.) Bebe. Bebe más.

ALEJAN. Pero, ¿quién eres? ¿Cómo te llamas? (Apartándola para contemplarla mejor.) Quiero verte bien.

MARTA Soy una mujer que está perdida.

ALEJAN. (Desabrochándole el abrigo.) Vas casi desnuda.

MARTA Es para que me beses mejor.

ALEJAN. (Tocándola voluptuosamente.) Tienes los hombros desnudos.

MARTA ¡Bésame!

ALEJAN. (La besa.) Tu boca arde.

MARTA Es de la fiebre.

ALEJAN. (Queriendo levantarse de la silla maple donde se sentó y debatiéndose, las manos trémulas, la faz bestializada.) Ayúdame a levantar.

MARTA (Impidiéndoselo blandamente.) No.

ALEJAN. No puedo. Ayúdame a levantar. (En una súplica, cada vez más alcoholizado.) ¡Lolotte!

MARTA No. Bebe. (Le da más coñac.) Reclina la cabeza sobre mi pecho. No pienses. No

hables. ¿Quieres que te dé Champagne con mi boca? (El reloj da las tres.) ¡Las tres! (Redoblando la excitación.) Bebe. ¿Qué te importa Lolotte? ¿Ves como yo estoy alegre? (Riéndose nerviosamente.) ¿Ves cómo me río? ¡Más Champagne! ¡Bebe, bebe más!

ALEJAN. (En un resto de lucidez.) Yo no sé aun quién eres.

MARTA ¿Qué te importa?

ALEJAN. Ya he sentido este perfume.

MARTA ¡Bebe!

ALEJAN. Déjame ver tus ojos.

MARTA ¡Bebe!

ALEJAN. (Sensualmente.) Los hombros de Lolotte son bellos, pero los tuyos lo son más. (Levantándose cogido a ella.) Ven. Vamos... En ese mismo cuarto...

MARTA No. (Echándole encima de una silla.) Aun no. (Dándole más coñac en su misma copa.) Primero bebe. Bebe más. Dame Champagne.

ALEJAN. (Mordiéndole en un hombro hasta hacerle sangre.) ¡Te quiero!

MARTA ¡Déjame! ¡Me has mordido! ¡Déjame! (Una manchita de sangre se dibuja en el hombro izquierdo de Marta. Alejandro resbala en el maple.) Ya no puedes moverte. Estás borracho.

ALEJAN. (Ronco, la voz apagada.) ¡Lolotte! ¡Me han matado! (Queriendo levantarse.) Levántame de aquí.

MARTA Ya no puedes gritar.

ALEJAN. ¡Lolotte!

MARTA Dame la llave de aquella puerta. (Se la busca en el bolsillo.)

ALEJAN. (Cogiéndole el brazo en ademán de pavor.) ¿Quieres robarme?

MARTA ¡Suelta la mano!

ALEJAN. ¿Has venido a robarme?

MARTA ¡Suelta la mano o te muerdo!

ALEJAN. ¡Ladrona! (Luchan. Alejandro se levanta, los ojos inyectados; Marta se deshace de él, lo echa de bruces sobre la alfombra.) ¡Ah!

MARTA (Arrancándole la llave.) ¡Por fin!

ALEJAN. (En un grito ahogado.) ¡Socorro!

MARTA (Mirando el reloj.) ¡Las tres!

ALEJAN. ¡Lolotte!

MARTA (Cerciorándose de que la lleva.) La cartera...

ALEJAN. ¡Socorro!

MARTA (Saliendo por el fondo.) ¡Dios mío!... ¡Si será tarde!

ALEJAN. (De bruces en la alfombra, inmóvil, con gritos ahogados y casi inarticulados.) ¡Lolotte!... ¡Lolotte!...

TELÓN

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Smoking-room de uno de los más lujosos hoteles de Niza. Es de noche. Araña de cristales, encendida. Decorado Luis XV. Al fondo derecha, galería de cristales; se ve la Promenade des Anglais, los hoteles, chalets, el Casino de la Jetée, iluminado. Al fondo izquierda, puerta que comunica con el hall. A la derecha alta, puerta de acceso al comedor. A la izquierda, biombo de cristales limitando un recanto confortable; sofá, mesita con horarios, prospectos, anuncios de hoteles. Bædeker, etcétera. Muebles de estilo.

Acabó la comida. Se oye el sexteto aun. Pasan de la derecha alta hacia el fondo izquierda, mujeres escotadas, caballeros de frac, ingleses delgados y tiesos, cocottes haut-tarifées, turcos con su fez encarnado; Lord Cosmos bajo todos sus aspectos. Criados. DON MIGUEL entra por la derecha alta. Una figura, un tipo esbelto de mujer rubia, ricamente vestida, se levanta del sofá, se arregla el cabello en el espejo de un tremó y sale por la izquierda baja con un libro en la mano.

MIGUEL (Al Chasseur.) ¿Qui est cette dame blonde, fine? (1)
*¿Quién es esta rubia tan mona?

CHASSEUR (Solemne, a Miguel, que se sienta a escribir a la mesa de la izquierda baja.) C'est une cocotte, monsieur le comte.
*Es una cocotte, señor conde.

---

(1) El actor puede dialogar en castellano, si lo prefiere.

BARROW (Inglés elegante, una orquídea desangrándose en el frac, levemente tocado de Champagne, persiguiendo a Marta.) What a beauty.

MARTA (Huyéndole.) ¡Oh! ¡Mais c'est trop fort, par exemple! *¡Oh! ¡Qué pesado!... ¡Es insoportable! (Bajando al encuentro de Miguel, que escribe.) Este inglés no me deja. ¿No vienes a tomar café?

MIGUEL No.

MARTA ¿A quién escribes?

MIGUEL Al marqués de Mora?

MARTA ¿Quién es ese marqués de Mora?

MIGUEL (Dejando de escribir.) Aquel belga insolente que ayer te hacía la corte en el Casino.

MARTA ¿Vas a pedirle explicaciones?

MIGUEL Voy a pedirle quinientos luises.

MARTA (Viendo a Barrow que se acerca y se sienta plácidamente en el sofá de la derecha baja.) ¿No me dirás quién es este inglés

MIGUEL Sí. Es Sir Jhon Barrow. Millonario. Viene todos los años a pasar la «*saison*» en Niza.

MARTA ¿Se creerá que soy una cocotte?

MIGUEL Para él todas las mujeres son cocottes.

BARROW (Se levanta, atraviesa la escena y se dirige a la mesa donde Miguel escribe.)

MARTA Si me dice alguna impertinencia, le abofeteo.

BARROW (Cogiendo el Bædeker de encima la mesa, con un cumplimiento seco.) Please. (Marchándose.) Thank you.

MARTA (Viéndole alejarse.) Es original.

MIGUEL Es inglés. (Marta sigue con la vista al inglés, que va nuevamente a sentarse en el sofá de la derecha. Lleva una orquídea hermosísima en el frac.)

MIGUEL ¿Sabes como le llaman las cocottes de Niza y de Monte-Carlo? El inglés de las medias verdes. Cuando una mujer le gusta, le manda un cheque de trescientas libras esterlinas dentro de un par de medias de seda verde.

MARTA ¿A las cocottes?

MIGUEL A todas.

MARTA ¿Y no ha habido ninguna que le tirara las medias a la cara?

MIGUEL (Cerrando la carta.) Las medias, tal vez. El cheque, lo dudo.

MARTA ¿Vamos al Casino? Quiero jugar.

MIGUEL Vamos.

MARTA ¿Al Olimpia?

MIGUEL A la Jetée. Oiremos a Kubelik. ¿Quieres que mande por el abrigo?

MARTA No. Subiré a mi cuarto. Tal vez me cambie el vestido. (Haciendo un movimiento para retirarse y deteniéndose.) ¿Y dinero?

MIGUEL ¿Dinero?

MARTA (Viendo que el inglés se levanta.) ¿Qué apuestas a que el inglés se viene detrás de mí?

MIGUEL Juega con el dinero del inglés.

MARTA (Saliendo por el fondo izquierda, con una expresión de tedio.) Es una buena idea.

BARROW (A Marta, siguiéndola respetuoso.) Dis-pen-se-me, señorra.

MIGUEL (Llamando al Chasseur.) Max.

CHASSEUR Monsieur.
*Señor conde.

MIGUEL (Dándole una moneda de oro.) Tenez.
*Tome usted.

CHASSEUR Un louis d'or. Merci, monsieur le comte.
*Gracias, señor conde.

MIGUEL Est-ce qu'il y a beaucoup d'espagnols a l'hotel?

MIGUEL Est-ce qu'il y a beaucoup d'espagnols a l'hotel?

CHASSEUR ¿Espagnols? Je crois qu'il y en a, oui, monsieur le comte. (Sacando un pequeño carnet de bolsillo.) Je vais vous le dire.
*¿Españoles? Creo que sí, señor conde.
*Se lo diré al señor conde con toda segu-
*ridad. (Leyendo.) Madame la Duchesse de Chernoy... Lord Douglas, Feld-marecal et coetera... Madame la comtesse de Montigny... Le prince Imhoff... La bella

Otero... José Nabuco da Costa. C'est ca. Pernambuco.

MIGUEL C'est un brésilien.
*Este es un brasileño.

CHASSEUR Ah, oui. C'est un brésilien. *Ah, sí. Es un brasileño. (Leyendo.) Monsieur le Marquis de Noailles... Monsieur de Rothschild... Joao Pereira de Carvalho, Lisboa.—Voilà. Un espagnol. *Un español.

MIGUEL Ce n'est pas un espagnol. C'est un portugais.
*Este no es un español. Es un portugués.

CHASSEUR Ah! Bah! Ça se touche. Des portugais, des espagnols...
*¡Ah! Bueno. Está cerca. Es lo mismo. *Portugueses, españoles...

MIGUEL Ce n'est pas tout a fait la même chose.
*¡Qué ha de ser lo mismo, hombre!

CHASSEUR Les portugais ne sont pas des espagnols, vous dites, monsieur le comte? C'est drôle ça, tout de même, monsieur le comte.
*¿Los portugueses no son españoles, se*ñor conde? Es curioso. (Continuando a leer alto:) San Marino... Sir Joe Chamberlain... Juan Rendufe, Madrid.

MIGUEL ¿Rendufe? Faites voir.
*¿Rendufe? Deje ver.

CHASSEUR (Entregándole el carnet.) Pardon. C'est un compatriote à vous, alors?
*¿Un compatriota del señor?

MIGUEL Oui. C'est un espagnol. Un ami. (Devolviéndole el carnet.) *Sí. Este es español. Un *amigo íntimo. Est-ce qu'il est descendu seul à l'hôtel? *¿Está solo aquí?

CHASSEUR Non, monsieur. Acompagné.
*No, señor. Acompañado.

MIGUEL (Con interés.) Acompagné?
*¿Acompañado?

CHASSEUR D'une dame.
*De una señora de edad.

MIGUEL Ah! D'une dame...
*Perfectamente...

CHASSEUR (Cerrando el carnet y guardándoselo en el bolsillo.) Et c'est tout, monsieur le comte.
*Nada más, señor conde.

MIGUEL Merci. (Dándole la carta que acabó de escribir.) Portez cette lettre à monsieur le marquis de Mora.
*Gracias. Haga usted que lleven en se-
*guida esta carta al señor marqués de
*Mora.

CHASSEUR Magestic Palace?

MIGUEL No. Hôtel des Anglais, je crois.
*No. Hotel Inglés.

CHASSEUR Faut il attendre la réponse?
*¿Hay que esperar contestación?

MIGUEL Oui. Si monsieur le marquis n'est pas chez lui, retournez plus tard le démander.
*Sí. Y si no estuviera en el hotel, que de-
*jen la carta y vuelvan después por la res-
*puesta.

CHASSEUR Compris, monsieur le comte. *Compren-
*dido, señor conde. (Haciendo ademán de retirarse.) Pardon. (Viendo a Rendufe que asoma por la derecha alta y anunciando.) Monsieur Rendufe.

MIGUEL (Yendo a su encuentro.) ¡Hola, Juan!

RENDUFE (Estrechándole la mano.) Ya sabía que estaba usted en Niza.

MIGUEL Yo lo he sabido hace un momento por el «*chasseur*».

RENDUFE Le he visto pasar en auto esta mañana. Por el Boulevard Carabacel. Supuse que estaba usted en el «Cosmo» o en el «Palais Royal».

MIGUEL No. Estoy aquí.

RENDUFE ¿Ha venido usted solo?

MIGUEL Con mi mujer.

RENDUFE ¿Marta está bien?

MIGUEL Bien, gracias. Ha ido por el abrigo. Vamos al Casino.

RENDUFE ¡Cómo se va a alegrar mi madre cuando sepa que se ha traído usted a Marta!

MIGUEL ¿Ha venido con usted la vizcondesa?

RENDUFE Sí; se ha empeñado en acompañarme.

MIGUEL Tendré el placer de besarla la mano. (Sentándose.) Y usted, querido Juan, ¿cómo está?

RENDUFE Enfermo. Fuí a Suiza a curarme. Di una vuelta por Italia. Después Mónaco, Niza... Estoy desanimado.

MIGUEL Le veo un poco pálido...

RENDUFE Una neurastenia atroz. Hasta he pensado meterme una bala en la cabeza.

MIGUEL (Indiferente.) ¿Quién? ¿Usted?

RENDUFE Es el fin que me espera. El doctor Combe me habló de enfermedad de la médula... Los médicos siempre se equivocan. (En otro tono, como si quisiera sustraerse a una idea fija que le obsesiona.) ¿Ustedes pasan aquí mucho tiempo?

MIGUEL Toda la temporada.

RENDUFE Yo me quedaré aun dos o tres días. Por complacer a mi madre. Mucha luz, mucho ruido. Todo esto me enerva. Me he levantado de la mesa porque me faltaba aire.

MIGUEL Una crisis pasajera. No son viajes lo que usted necesita. Es reposo.

RENDUFE No lo crea usted. Aquí hay causas morales. Me impresionó mucho la desgracia de Lolotte. Pobre Lolotte.

MIGUEL (Distraído.) Ah, sí... Lolotte...

RENDUFE ¡Quién nos lo había de decir cuando estuvimos allí aquella noche!...

MIGUEL Es verdad. Quien lo había de decir. (Mudando de conversación.) ¿La señora vizcondesa se ha retirado a descansar?

RENDUFE No. Mi madre es fuerte. Está acostumbrada a viajar. No había estado en Niza hacía a lo menos veinte años. Lo ha encontrado todo cambiado. La Promenade des Anglais... Los avestruces le han gustado una barbaridad... ¿Sabe usted quién nos ha acompañado en esta vuelta por Suiza? Alejandro Botello.

MIGUEL (Inquieto.) ¿Alejandro Botello?

RENDUFE Conseguí traerle con nosotros. Usted no puede imaginarse el estado de espíritu de ese desgraciado. Estuvimos en Laussanne.

MIGUEL ¿Ahora está en París?

RENDUFE No. Se ha venido con nosotros. Está en Niza.

MIGUEL (Levantándose.) ¿Alejandro Botello está en Niza?

RENDUFE Sí.

MIGUEL ¿En este hotel?

RENDUFE No. En el «Riviera Palace». Un poco incómodo, porque está fuera de la ciudad. Pero no había aquí más que dos aposentes: uno para mi madre y otro para mí. ¿Quiere que le hable francamente? No me ha gustado dejarle solo. Ese acabará como yo. Con un tiro en la cabeza.

MIGUEL ¿Pero Alejandro Botello no estaba seriamente comprometido en el asesinato de Lolotte? Es un alcohólico...

RENDUFE ¡Eso fué una infamia! Se probó que el móvil del crimen fué el robo. Faltaron joyas. Las criadas están presas. Pero se sospecha que hay una mujer misteriosa. ¿Ha leído usted los diarios de Madrid?

MIGUEL. (Con afectada indiferencia.) No. Yo vivo casi siempre en el extranjero. Lo que pasa en Madrid me interesa poco.

CHASSEUR (Aproximándose.) Pardon. Monsieur le marquis de Mora, n'est pas chez lui.
*Señor conde: el señor marqués de Mora
*no está en casa.

MIGUEL (Bajito al Chasseur.) Montez vite. Au prémier, 42. Dites à madame la comtesse que je lui prie de ne pas sortir de sa chambre.
*Bien. Suba usted inmediatamente al
*primero, número 42, y dígale usted a la
*señora que no salga de la habitación
*hasta que yo suba.

CHASSEUR Oui, monsieur le comte.
*En seguida, señor conde.

MIGUEL Allez vite. Dépechez vous. *Vaya usted *aprisa. Y vuelva pronto. (Volviéndose hacia Rendufe.) Con que ¿Alejandro Botello está en el «Riviera Palace»?

RENDUFE Sí. Hoy está convidado a comer con nosotros.

MIGUEL ¿Aquí, en el hotel?

RENDUFE Aquí mismo. Le he dejado en la mesa con mi madre. Ya le verá usted. Después de la muerte de Lolotte ha tomado horror al coñac. A pesar de ello, cada día está más tembloroso. ¿Sabe usted lo qué es esto? Aristocracia. Fin de raza. Es el mal de todos nosotros: el mío, el suyo, el de usted... Estamos liquidados. (Sacando la cigarrera y ofreciendo.) Fume usted un pitillo.

MIGUEL Usted me dispensará si le dejo un momento. Soy pronto con usted, Rendufe. (Dirígese al fondo y se encuentra con la VIZCONDESA y con ALEJANDRO BOTELLO que entran por la derecha alta.)
¡Oh! señora vizcondesa...

VIZCON. ¡Hola, Miguel! Es preciso ir a Francia para verle a usted.

MIGUEL Francia es el salón donde recibo mis visitas, querida Vizcondesa.

VIZCON. Venga usted acá, venga usted acá. ¿Qué cuenta de nuevo? ¿Cuántas veces se ha batido en duelo?

MIGUEL Las indispensables para aun estar vivo. Estaba lejos de pensar que iba a tener el gusto de besar su mano, señora Vizcondesa. (Saludando a Alejandro.) Hola, querido Alejandro.

ALEJAN. Ya sabía por Rendufe que le teníamos a usted en Niza. Lo celebro.

VIZCON. Venga usted a tomar una taza de thé con nosotros. (A Alejandro.) No lo deje marchar, Alejandro. (A Rendufe, que le da el brazo y la acompaña al recanto encristalado.) ¿Has man-

dado por el auto que ha de llevarnos al Casino?

RENDUFE Aun no ha llegado. (A un criado que se acerca.) Faites servir du thé.

*Haga servir el the.

MIGUEL (A Alejandro.) Estaba a punto de ir a visitarle. Está en el «Riviera Palace», ¿no es verdad? Crea usted que le acompaño de todo corazón en sus pesares.

ALEJAN. Muchas gracias. (Estrechándole la mano, conmovido.) He pasado por unos trances espantosos, amigo mío. Se han dicho de mí las mayores infamias. Que yo era un alcohólico peligroso; que fuí yo quien la mató; que estaba en el extranjero para huir de la justicia... ¡Y hubo quien creyó todo eso!

MIGUEL ¿Aun no se ha descubierto al autor del crimen?

ALEJAN. Aun no.

MIGUEL ¿Qué hace la policía?

ALEJAN. Solo existe una persona capaz de descubrirle. Yo.

MIGUEL ¿Usted?

VIZCON. (Cuando el criado viene a servir el thé.) Aquí tiene usted su taza, Miguel. (Sirviéndole azúcar.) Ya no me acuerdo si es usted muy goloso. Como que usted huyó de nuestra casa de Madrid, no he tenido más remedio que venirle a ofrecer thé en Niza...

MIGUEL (Excusándose.) Muchas gracias, señora Vizcondesa... Si me permite usted...

VIZCON. No se lo permito, no, señor. Tome usted. Le habrán chillado seguramente los oídos. Durante toda la comida estuve hablando de usted... De lo malo que es usted...

MIGUEL Beso a usted la mano, señora Vizcondesa. Durante el corto espacio de una comida, no cabe todo lo malo que se puede decir de mí...

VIZCON. Dije que Miguel no tiene juicio, pero que

en el fondo es un buen chico. Lo único que no le perdono... son los disgustos que ha dado a su mujer. ¿Sabe usted, Alejandro? Conozcó de pequeñita a la mujer de Miguel. Jugó con mi hija. Me gustaría verla feliz.

MIGUEL Es muy difícil ser feliz a mi lado, señora.

VIZCON. Tiene razón. Es difícil ser feliz una mujer al lado de un hombre (A Alejandro.) Si la conociera usted, Alejandro, vería que Miguel no se la merece. (A Miguel.) ¿Por qué no se ha traído a su mujer?

RENDUFE Marta está aquí, mamá.

VIZCON. ¿Marta está aquí? ¿Con usted? ¿Y usted sin decirme nada?

MIGUEL (Después de una ligera duda.) Se ha recogido a su habitación. Está ligeramente indispuesta.

VIZCON. ¿Está enferma?

RENDUFE ¿Pero no había ido a ponerse el abrigo para ir al Casino?

MIGUEL (Titubeando.) Sí... Si se encontraba mejor. Jaquecas. Nervios. No le ha probado nada este viaje. De manera que mañana mismo nos volvemos a París.

RENDUFE ¿Pero no me ha dicho usted que pensaba quedarse aquí toda la temporada?

MIGUEL (Nervioso y un poco descompuesto.) Usted comprenderá... Si continúa enferma...

CHASSEUR (Acercándose a Miguel.) Madame n'est pas dans sa chambre.

*La señora no está en su habitación.

MIGUEL Madame n'est pas dans sa chambre?

*¿No está en su habitación?

VIZCON. Ha salido de su habitación: ya ve usted. Eso es que está mejor. Me gustaría muchísimo verla.

MIGUEL (Besando la mano de la Vizcondesa.) Pardon...

CHASSEUR (Saliendo con Miguel por el fondo izquierda.) Peut être au Salon des dames.

*Estará en el saloncito de señoras.

RENDUFE ¿Han notado ustedes lo nervioso que se ha puesto Miguel?

ALEJAN. Sí. Yo también lo he notado.

VIZCON. Dificultades de dinero. Seguramente ha jugado y ha perdido.

ALEJAN. O alguna imprudencia que habremos dicho.

VIZCON. Tal vez...

RENDUFE Nunca se sabe bien cuando se le puede preguntar por su mujer.

VIZCON. ¿A qué hora empieza el concierto?

ALEJAN. Se va haciendo tarde. ¿Sabe usted que nunca he oído a Kubelik?

RENDUFE De aquí al Casino es un instante. (A la Vizcondesa.) ¿Quieres que vaya por tu abrigo, mamá?

VIZCON. No, deja. Iré yo misma.

MARTA (Entrando por el fondo izquierda, perseguida por el inglés.) Mais je ne vous connais pas, monsieur!

*¡Eso es demasiado! ¡Yo no le conozco *a usted!

BARROW All right. Je veux précisement faire la votre connaissance.

*Yo querer precisamente conocerla mucho.

MARTA (En un movimiento brusco a Sir Barrow, que toma un ramo de orquídeas de la mano de un groom para ofrecérselo a Marta.) Laissez moi tranquille! C'est assommant, ce type là!

*¡Déjeme usted en paz! ¡Es enfadoso ese tipo!

VIZCON. (Viendo a Marta y subiendo.) ¡Marta!

MARTA (Yendo al encuentro de la Vizcondesa.) ¡Oh, señora Vizcondesa! (Besándose.) No esperaba tener el gusto de verla por aquí. (Viendo a Rendufe.) ¡Hola, Juan!

VIZCON. Tu marido acaba de marcharse. ¿No le has visto? Te anda buscando.

MARTA No. No le he visto. Me habré cruzado con él. ¿Sabe que están ustedes aquí? Esto

es encantador, ¿verdad? ¿Cuando han llegado ustedes?

VIZCON. Anteayer. Venimos de Suiza... Estaremos aquí tres o cuatro días y seguiremos para París, Londres...

MARTA Me gustaría acompañarles. Adoro las neblinas de Londres.

RENDUFE Las neblinas de Londres... Una cosa parecida a la música de Wagner. Nos han de gustar por fuerza.

MARTA (A Rendufe.) ¿Pero a usted no le gusta Wagner?

RENDUFE ¡Qué ruido! Le debo los dolores de cabeza más caros que he tenido en mi vida.

VIZCON. (Mirando a Marta.) Pero tú no pareces enferma. Estás magnífica. Rosada...

MARTA Gracias a Dios nunca me he encontrado mejor.

VIZCON ¿Y tus jaquecas? Tu marido dice que os vais a París mañana por causa de tus jaquecas.

MARTA (Sin comprender.) ¿A París?

VIZCON. (A Alejandro, que se ha fijado en Marta.) Vea usted lo que son los maridos, Alejandro. Quiere ir a divertirse a París y da la culpa a las jaquecas de su mujer.

RENDUFE (Presentándolos familiarmente.) Alejandro Botello. Marta de Noroña.

ALEJAN. (Inclinándose.) Señora...

VIZCON. (Notando la perturbación de ambos.) ¿Se conocían ustedes?

MARTA (Balbuceando.) No tenía el gusto...

CRIADO (Apareciendo en el fondo.) L'auto de madame la vicomtesse.

*El auto de la señora vizcondesa.

VIZCON. El automóvil. (A Marta.) Ven con nosotros al Casino. Vamos a oir a Kubelik.

RENDUFE (Sacando del bolsillo del frac un programa del concierto y leyendo.) Tenemos la *Bercéuse* de Eimon. «La Tarantella» de Wieniawsky. Una romanza de Rubinstein. Y la fantasía «Non piu mesta», de Paganini.

VIZCON. Voy a ponerme el abrigo en un instante. (A Rendufe.) Dame el brazo, hijo mío.

MARTA (Subiendo.) Yo la acompañaré, señora Vizcondesa.

VIZCON. No. De ningún modo. No quiero que te molestes en subir. Vuelvo en seguida a buscarte.

MARTA Necesito avisar a mi marido.

RENDUFE (Saliendo con la Vizcondesa del brazo por el fondo izquierda.) Yo le diré que está usted aquí.

ALEJAN. (A Marta, después de una pausa.) Si usted lo permite, esperaremos juntos.

MARTA Como usted quiera.

ALEJAN. A no ser que le sea molesta mi presencia...

MARTA De ningún modo.

ALEJAN. ¿Hace mucho tiempo que está usted en Niza?

MARTA Vivimos casi siempre en el extranjero.

ALEJAN. Su marido estuvo hace dos meses en Madrid, ¿no es verdad?

MARTA Ocho o diez días, nada más.

ALEJAN. ¿Y usted le acompañaría?

MARTA Nada más natural que yo acompañe a mi marido.

ALEJAN. Naturalísimo. (Recogiendo del suelo el abanico que Marta, nerviosa, deja caer de las manos.) ¿Limoges?

MARTA Limoges.

ALEJAN. Hermoso abanico.

MARTA ¿Hace usted colección de abanicos?

ALEJAN. De abanicos y de... emociones, señora. (Después de un momento de mirarla insistentemente.) Si me permitiera le haría una pregunta.

MARTA No me comprometo a responderle.

ALEJAN. ¿Me conocía usted?

MARTA No.

ALEJAN. ¿No se acuerda de haberme usted visto alguna vez?

MARTA No tengo el menor recuerdo.

ALEJAN. (Jugando con el abanico y mirándola.) Pues yo

tengo la impresión de que la conozco a usted perfectamente, señora.

MARTA ¿Es por eso que me mira con tanta insistencia?

ALEJAN. Hay tanta gente parecida.

MARTA Efectivamente: hay mucha gente parecida.

ALEJAN. Y muchas voces también parecidas... (Silencio.) Pero si usted no me conoce, ¿por qué se ha turbado al verme?

MARTA (Esforzándose por sonreir.) ¿Qué yo me he turbado al verle?

ALEJAN. Y está ahora mortalmente pálida...

MARTA Es usted un visionario...

ALEJAN. Y sus manos tiemblan sobre las hojas de ese libro.

MARTA (Levantándose.) ¡Es usted un impertinente, caballero!

ALEJAN. Soy un hombre sobre el que pesa la sospecha de un crimen, señora. (Dominándose.) Es natural que la repugnara estrecharme la mano... Es natural también que mi presencia la perturbe...

MARTA (Esbozando un movimiento para irse.) Es natural, sobre todo, que yo no pueda escuchar un momento más sus impertinencias... Déjeme usted pasar.

ALEJAN. (Interponiéndose.) La aconsejo a no transponer aquella puerta.

MARTA ¿Por qué?

ALEJAN. Para evitar un escándalo.

MARTA (Con energía.) ¿Y qué me importan a mí sus escándalos? ¿Qué tengo yo de común con usted, caballero?

ALEJAN. La pido que me atienda, que me oiga un momento. (Con afectada calma.) Usted va a aclararme, seguramente, un hecho misterioso cuya explicación busco en vano hace dos meses. Usted sabe que me acusaron de haber asesinado a mi amante. La noche en que fué cometido el crimen,

cuando entré en su casa, a las dos de la madrugada, estaba allí otra mujer. Venía yo perturbado por el coñac. Pero me acuerdo aun de ella entre los vapores de la embriaguez. Iba casi desnuda: los hombros desnudos... envuelta en un ancho abrigo. (Sigue en la fisonomía de Marta la impresión de sus palabras, jugando inadvertidamente con el abanico de Limoges.) La interrogué. Me dijo que Lolotte se había fugado, en automóvil, con un hombre. Se sentó en mis rodillas. Me ahogó en una ola de perfume. Acabó de emborracharme de Champagne. Quise poseerla. La mordí, la mordí en un hombro hasta que brotó la sangre. Me arrancó del bolsillo la llave de la puerta. Luchamos. Caí entorpecido. Huyó... Cuando desperté, por la mañana, tenía la policía en casa y un cadáver delante de mis ojos. (Aproximándose a ella y mirándola en los ojos.) Responda. ¿Conoce esa mujer?

MARTA No.

ALEJAN. ¡Yo, sí! ¡Es usted, señora!

MARTA (Irguiéndose en un resto de energía.) ¡Salga, salga de aquí!

ALEJAN. ¡Es usted! Y voy a tener la prueba real y verdadera... (Hincando una rodilla en el sofá donde Marta cae, separándole el abrigo y rasgándole los encajes del escote.) ¡Aquí esta la cicatriz de mi mordedura!

MARTA (Debatiéndose en sus brazos.) ¡Miguel! ¡Miguel!

(MIGUEL, que ha entrado por el fondo izquierda, lo comprende todo; saca un revólver del bolsillo y bruscamente, a través del biombo de crisfales, dispara. La bala parte; el cristal se hace añicos, cayendo sobre el parquet. ALEJANDRO, herido en pleno cráneo, cae sobre el sofá y resbala al suelo. Gritos. Voces. La sala se llena de gente.)

VOCES Au secours! ¡Au secours! L'assassin!

RENDUFE (Saliendo del fondo izquierda, pálido y abriéndose paso.) ¡Miguel! ¿Qué ha pasado?

MIGUEL (Señalando a Marta, el escote rasgado, casi desmayada sobre el sofá.) Quiso abusar de mi mujer. Le he matado.

TELÓN

FIN DE LA OBRA

Precio: DOS ptas.